

Exposición: **Francis BACON. Lo sagrado y lo profano**
IVAM Centre Julio González
del 11 diciembre 2003 al 21 de marzo 2004

Comisario: Michael Peppiatt
Organiza: Institut Valencia d'Art Modern
Itinerancia: IVAM Valencia
diciembre 2003 – marzo 2004
Musée Maillol Paris
abril – junio 2004

La exposición tiene como objetivo explorar las variedades de lo sacro y lo profano en el arte de Bacon. Se centra en uno de los enigmas que persisten en el corazón de su búsqueda profunda y de su imaginaria subversiva. ¿Porqué un artista tan vehementemente atea como Bacon retornó tan obsesivamente a pintar la Crucifixión y las variaciones del retrato de Inocencio X de Velázquez (de las cuales han sobrevivido más de 45)? Y, a la inversa, ¿qué poder de transformación permitió a Bacon dar a las escenas más ordinarias de la vida un estatus y aura mítica?

El comisario de la exposición Michael Peppiatt es uno de los grandes expertos en la obra de Bacon. Al finalizar su exhibición en el IVAM, la muestra viajará al Musée Maillol en París. En el catálogo de la exposición se reproducen la totalidad de las obras en exposición e incluye diversos ensayos de expertos en el tema como Hugh Davies, Barbara Steffen, Michael Peppiatt y Kosme de Barañano, director del IVAM,

Toda exposición importante de la obra de Francis Bacon, tanto durante su vida como a partir de su muerte —en 1992—, ha sido una retrospectiva. Los grandes homenajes iniciales organizados por la Tate Gallery (1962), el Grand Palais (1971-72) y el Metropolitan Museum (1975) tenían una clara *raison d'être* porque permitían a un público amplio descubrir la magnitud y la intensidad de la inventiva de Bacon como creador de imágenes. Pero esa tendencia ha permanecido inmutable durante el último cuarto de siglo, con docenas de museos, desde Tokio y Minneapolis hasta Dublín y La Haya, siguiendo los pasos de sus predecesores e intentado presentar una panorámica tan completa como sea posible de la obra de Bacon, con todos sus temas y etapas representados en ella. El resultado es que ahora existe una manera sólidamente establecida, por no decir “oficial”, de mirar lo que una vez fue el logro inmensamente perturbador, rebelde y anárquico del artista.

Frente a la tendencia habitual de mostrar la obra de Francis Bacon etapa a etapa, periodo a periodo, la selección de cuarenta y cinco obras que se presenta en el IVAM pretende sacar a la luz nuevas perspectivas, relevantes pero un tanto insospechadas, de la obra de Bacon desde un punto de vista temático particular. Hasta un grado que poca gente podía imaginar, Bacon fue la prueba viviente de la observación que W. B. Yeats realizara: “ninguna idea puede ser engendrada hasta dividirse en dos”. De todas las características complejas de Bacon, es ciertamente, esta profunda dualidad de su naturaleza la que más me ha fascinado a Michael Peppiatt, comisario de la muestra, durante los 30 años que duró su amistad con él. La entera sensibilidad del artista parece desplegarse entre extremos irreconciliables, de modo que aglutina opiniones y actitudes totalmente contradictorias en un balance precario y sustancial. Como atea militante, por ejemplo, Bacon negaría vigorosamente que la vida tiene una propuesta o un significado concreto. “Venimos de la nada”, él solía repetir, casi como un dogma de Fe, “y vamos hacia la nada”. Con su brillantez y alegría cautivaba a todos aquellos que entraban en contacto con él, y en su trabajo elevaba los hechos elementales de la existencia humana a una grandeza metafísica virtualmente desconocida en tiempos modernos.

Ninguna contradicción tan profunda fue tan extrema y tan fértil como su obsesivo interés en los símbolos de la Fe Cristiana tales como la Crucifixión y el Papa —temas que reinterpretó con una salvaje inventiva pictórica a través de su larga carrera. Al mismo tiempo, Bacon celebró los actos más profanos del hombre, una pareja en la hierba, sujetos en la cama gritando en un espacio vacío y sin aire. De imagen a imagen Bacon nos hace confundir las nociones de lo sagrado y lo profano establecidas tradicionalmente por la transgresión de las mismas, inventando su propias categorías impredecibles y movilizadas. Entonces, una crucifixión alardea de la carne de carnicería o de un animal enjaulado, mientras que dos cuerpos musculosos se unen lujuriosamente y son transferidos con la santa ternura de una Piedad.

Una exposición como esta no nos lleva necesariamente al misterioso núcleo de la obra de Bacon; ellas son infinitamente alusivas en sí mismas y, como la esfinge que llega a ser uno de los emblemas de Bacon, nos sugieren preguntas a las que contestamos con respuestas vacilantes en el mejor de los casos. Consecuentemente, la exposición nos

enfrentará cara a cara con inesperadas e incómodas reflexiones. Entraremos en ella como a una galería de espejos, con cuidadosas ideas construidas sobre nosotros mismos y sobre la existencia humana; entonces veremos como éstas aparecen tan poderosamente distorsionadas y arrancadas en el cristal de Bacon que ciertas verdades básicas hasta entonces claras quedan socavadas. Reconsiderando el modo con el que miramos a Bacon, podemos reconsiderar los términos sobre los que vivimos.